

SØREN KIERKEGAARD

LAS OBRAS DEL AMOR

Meditaciones cristianas
en forma de discursos

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2006

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de la Dirección
General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio
de Cultura de España

© Tradujo Demetrio G. Rivero sobre el original danés *Kjerlighedens
Gjerninger* (1847). Victoria Alonso revisó y actualizó la traducción, y
redactó la presentación *Acerca de la presente edición*.

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1602-8

Depósito Legal: S. 399-2006

Impreso en España / Unión Europea

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

CONTENIDO

<i>Presentación</i> , por Miguel García-Baró	9
<i>Acerca de la presente edición</i> , por Victoria Alonso	11

PRIMERA PARTE

<i>Prólogo</i>	17	
<i>Oración</i>	19	
I. La vida oculta del amor y su capacidad de ser cognoscible en los frutos		21
II.1. Tú «has de» amar	35	
II.2. Amarás a «el prójimo»	65	
II.3. «Tú» amarás al prójimo	87	
III.1. Romanos 13, 10: La caridad es la plenitud de la ley ...	119	
III.2. El amor es asunto de la conciencia	169	
IV. Nuestro deber de amar a los seres humanos que vemos .	191	
V. Nuestro deber de permanecer en deuda de amor mutua	215	

SEGUNDA PARTE

<i>Prólogo</i>	251	
I. El amor edifica		253
II. El amor lo cree todo y, sin embargo, jamás resulta engañado	273	
III. El amor lo espera todo y, sin embargo, jamás resulta avergonzado	297	
IV. El amor no busca lo suyo	319	

V. El amor cubre la muchedumbre de los pecados	337
VI. El amor permanece	361
VII. La misericordia, una obra del amor, incluso cuando no puede dar nada ni es capaz de hacer nada	379
VIII. La victoria de la reconciliación en el amor que se gana al vencido	397
IX. La obra del amor que consiste en recordar a un difunto	413
X. La obra del amor que consiste en hacer el elogio del amor	429
<i>Conclusión</i>	447

LAS OBRAS DEL AMOR

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Estas meditaciones cristianas, que son fruto de mucha deliberación, quisieran ser comprendidas con lentitud, para serlo también con facilidad, en tanto que seguramente resultarán muy difíciles para aquel que, mediante una lectura superficial y curiosa, las haga muy difíciles. «Aquel individuo»¹, quien primeramente meditará consigo mismo si quiere leer o no quiere leer, que medite amorosamente, en el caso de haber elegido leer, si, no obstante, cuando la dificultad y la facilidad son puestas a un tiempo, y de manera considerada, en el platillo de la balanza, se relacionan entre sí de una manera correcta, de suerte que lo cristiano no se publique con falso peso, bien por aumentar la dificultad bien por aumentar la facilidad.

Son «meditaciones cristianas», por lo tanto no tratan acerca del «amor», sino de «las obras del amor».

Son «las obras del amor»; lo que no significa que, con ello, esté hecho ya el recuento y la descripción de todas sus obras, ni mucho menos; ni siquiera que ni una sola de las descritas esté

1. Kierkegaard emplea el término «den Enkelte» (derivado del adjetivo «enkelt»; solo, individual) para referirse al individuo en sentido pleno, es decir, tomado aisladamente, singular. A lo largo de su producción, Kierkegaard utiliza también el término «Individuum» para significar algo bien preciso: el individuo en sentido neutro e impersonal (individuos somos todos por nacimiento, y además meros números en una sociedad que conduce a sus miembros a una situación de nivelación, donde reina la sensatez, y que pone su más alta meta en llevar al punto óptimo las relaciones sociales o de convivencia o de intercambio). Alguien que viva plenamente en este orden de cosas no ha pasado por el proceso de singularización que consiste básicamente en que uno se quede a solas —es decir, con Dios—.

La expresión que aquí se entrecomilla «hiin Enkelte», «aquel individuo», aparece como dedicatoria en la obra de Kierkegaard *Opybyggelige Taler i forskjellig Aand*, publicada unos meses antes.

Al igual que esta, las notas a pie de página que aparecen a lo largo del texto corresponden a la traductora.

descrita de una vez por todas, ¡gracias a Dios! Aquello que en su entera riqueza es *esencialmente* inagotable, es también *esencialmente* indescriptible siquiera en su obra menor, justamente por estar esencialmente y por entero presente en todas partes, sin estar *esencialmente* destinado a la descripción.

S. K.

I

LA VIDA OCULTA DEL AMOR Y SU CAPACIDAD DE SER COGNOSCIBLE EN LOS FRUTOS

Lucas 6, 44: «Pues cada árbol se conoce por su fruto propio; y no se recogen higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas».

Si la infatuada sagacidad, que se jacta de no dejarse engañar, tuviese razón cuando afirma que no debe creerse nada que no se vea con los ojos de la carne, entonces en lo que primeramente habría que dejar de creer sería en el amor. Y si se hiciese tal cosa, precisamente por el temor a ser engañado, ¿acaso no estaría uno engañado? Pues de seguro hay muchas maneras de ser engañado: uno puede ser engañado creyendo lo falso, pero también puede muy bien ser engañado no creyendo lo verdadero; a uno le pueden engañar las apariencias, pero también es engañado por esa apariencia de sagacidad, esa halagüeña presunción que se considera completamente asegurada contra todo engaño. Y ¿cuál de esos engaños es el más peligroso? ¿Qué curación será más dudosa, la de quien no ve o la del que ve y, sin embargo, no ve? ¿Qué es más difícil, despertar a uno que está dormido, o despertar a uno que, despierto, sueña que está despierto? ¿Qué espectáculo es más lamentable: el que inmediata y absolutamente conmueve hasta el llanto, a saber, el espectáculo de quien ha sido desdichadamente engañado en el amor, o bien ese, que en cierto sentido invita a la risa, de quien se engaña a sí mismo, cuya necia presunción de no estar engañado sería ridícula y como para reírse a su costa, si en este caso la ridiculez no fuera una expresión todavía más pronunciada del pavor que constata que aquel no es merecedor de lágrimas?

Engañarse a sí mismo *en* el amor es lo más espantoso que puede ocurrir, constituye una pérdida eterna, de la que no se compen-

sa uno ni en el tiempo ni en la eternidad. Normalmente, cuando se habla de engaños en las cosas del amor, por muy varios que sean los casos, el engañado, a pesar de todo, se relaciona con el amor, y el engaño consiste solamente en que éste no estaba donde se pensaba; sin embargo, el que se engaña a sí mismo se ha excluido a sí mismo, cerrándose al amor. También se habla de si la vida le engañó o de si fue engañado durante su vida; pero la pérdida de quien impostoramente se engañó a sí mismo en el vivir constituye una pérdida irreparable. La eternidad puede reservar una compensación generosa incluso para aquel a quien la vida engañó a lo largo de toda su vida; mas el que se engaña a sí mismo se ha impedido él mismo la ganancia de lo eterno. Quien, precisamente a causa de su amor, resultara víctima del engaño humano, ¡oh, qué habrá, con todo y con eso, perdido en rigor, cuando en la eternidad se revele que el amor permanece y el engaño ha cesado! En cambio, quien —con ingenio— se engañó a sí mismo, metiéndose con sagacidad en las redes de la sensatez, ¡ay!, por más que a lo largo de toda su vida se considerara feliz en su imaginación, ¡qué no habrá perdido sin embargo cuando en la eternidad se revele que se había engañado a sí mismo! Puede que un ser humano, en la temporalidad, consiga prescindir del amor; quizá consiga que el tiempo vaya escapando sin descubrir el autoengaño; quizá consiga, cosa espantosa, permanecer en una quimera jactándose de estar en el amor; pero en la eternidad no podrá prescindir del amor, ni dejará de descubrir que desperdició todo. ¡Qué seria es la existencia! ¡Y lo más espantoso es precisamente cuando ella, como castigo, permite al consejero de sí mismo que se aconseje, de suerte que se le permita ir viviendo, orgulloso de estar engañado, hasta que un día le sea permitido reconocer la verdad: que se engañó a sí mismo por toda la eternidad! Verdaderamente, la eternidad no se deja burlar; más bien ella es la que, sin tener que echar mano de la violencia, emplea todopoderosa una pizca de burla para castigar terriblemente al atrevido. Porque ¿qué es aquello que une lo temporal con la eternidad, qué otra cosa sino el amor, que cabalmente por eso existe antes que todo y permanecerá cuando todo haya pasado? Mas precisamente por-

que el amor es de esta manera el lazo de la eternidad, y cabalmente porque la temporalidad y la eternidad son heterogéneas, por eso a la sagacidad terrena de la temporalidad puede parecerle el amor una carga, y por lo mismo, en la temporalidad, puede parecerle al sensual un enorme alivio el arrojar de sí ese lazo de la eternidad.

El que se ha engañado a sí mismo seguramente opina que puede consolarse, que, desde luego, ha hecho mucho más que vencer; en su presunción de insensato se le oculta cuán desconsolada es su vida. No le negaremos que él «ha cesado de estar afligido»; mas ¿de qué le servirá eso si su salvación cabalmente consistiría en comenzar a afligirse en serio por sí mismo? Quizá el que se ha engañado a sí mismo opina incluso que es capaz de consolar a los que fueron víctimas del engaño de la infidelidad; pero ¡qué insensatez que quien se ha averiado respecto a lo eterno pretenda sanar a aquel que, a lo sumo, estará enfermo hasta la muerte! Todavía más, el que se ha engañado a sí mismo quizá opine, mediante una extraña contradicción, que es compasivo con el desdichadamente engañado. Mas si tomas en consideración su discurso consolador y su sabiduría salutífera, entonces conocerás el amor por los frutos: por la amargura de la burla, por la cortante racionalidad, por el venenoso aliento de la desconfianza, por la recia frialdad del endurecimiento; es decir, por los frutos será posible conocer que dentro no hay amor ninguno.

Uno conoce al árbol por los frutos: «No se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos» (Mateo 7, 16). Si pretendes recogerlos de ahí, entonces no solamente recogerás en vano, sino que las espinas habrán de enseñarte que recoges en vano. *Pues cada árbol se conoce por su fruto propio*. También es posible, sin duda, que haya dos frutos que se asemejen muchísimo, siendo uno sano y sabroso, y el otro agrio y venenoso; también puede darse el caso de que el venenoso sea muy sabroso y que el sano sea algo amargo. Así también se conoce el amor por su fruto *propio*. Si uno se equivoca, ello se deberá o a que no se conocen los frutos, o a que en un caso concreto no se acierta a distinguirlos rectamente. Como se equivoca el que llama amor a lo que en rigor es amor de sí: cuando asegura bien alto que no puede vivir

sin la persona amada, mientras no quiere saber nada acerca de que la tarea y la exigencia del amor consisten en negarse a sí mismo y renunciar a ese amor de sí de la pasión amorosa¹. O bien, como se equivoca el que da el nombre de amor a lo que es ligera condescendencia, da el nombre de amor a lo que no es sino depravada blandenguería, o unión dañina, o conducta vanidosa, o vinculaciones del enfermo de sí, o sobornos del lisonjeo, o pareceres del instante, o relaciones de la temporalidad. Desde luego que existe una flor que se llama flor de la eternidad, pero también se da, cosa bastante extraña, cierta flor llamada *siempreviva*², que, como todas las flores perecedoras, solamente florece durante un determinado periodo del año: ¡qué equivocación llamar a esta última flor de la eternidad! Y qué decepcionante resulta el instante de la floración. Pero como cada árbol se conoce por su fruto propio, así también el amor se conocerá por el suyo, y aquel amor del que habla el cristianismo se conocerá por su fruto propio: porque lleva en sí la verdad de la eternidad. Todo otro amor, ya sea aquel que, hablando humanamente, pronto se marchita y cambia, ya sea aquel que se mantiene amable durante la estación de la temporalidad, es sin embargo pasajero, solamente florece. Esto es cabalmente lo que tiene de endeble y melancólico, bien sea que florezca por una hora o durante setenta años, solamente florece; en cambio, el amor cristiano es eterno. Por eso, a nadie que se comprenda a sí mismo se le ocurrirá decir del amor cristiano que florece; ni a ningún poeta, de comprenderse íntimamente, se le ocurrirá cantarlo. Pues lo que canta el poeta ha de encerrar esa melancolía que es el enigma de su propia vida: ha de florecer y, ¡ay!, tiene que perecer. Pero el amor

1. Se ha traducido el sustantivo danés «Elskov» como «pasión amorosa», prefiriéndolo a otras opciones como «amor natural», «amor inmediato», «amor humano», «amor carnal», mientras que la traducción más acertada sería simplemente «amor», pero de esta forma no habría manera de diferenciarlo de «Kjerlighed», que significa también «amor». Entre los dos términos daneses la diferencia de significado está en que el segundo engloba todos los tipos de amor, mientras que el primero se vincula a la relación erótico-amorosa.

2. En danés el nombre de esta flor es «Evigheidsblomst», «flor eterna», por lo que se presta al juego de palabras que Kierkegaard hace con la anterior «flor de la eternidad», «Evigighedens Blomst»; también en castellano, a dicha flor, además de «siempreviva», se la llama «perpetua».

cristiano permanece y por ello precisamente *es*; pues lo que parece florece, y lo que florece parece, mas lo que *es* no puede ser cantado, tiene que ser creído y tiene que vivirse.

Cuando se dice que el amor se conoce por los frutos, se está diciendo a la par que el amor mismo en cierto sentido se halla en lo celado, y por lo mismo sólo puede ser conocido por los frutos que lo revelan. Este es cabalmente el caso. Toda vida, e igualmente la del amor, está oculta en cuanto tal, pero se revela en otra cosa. La vida de la planta está oculta, el fruto es la revelación; la vida del pensamiento está oculta, la expresión hablada es aquello que la revela. Por eso, las palabras sagradas que hemos citado hablan simultáneamente de dos cosas, aun cuando hablen de una de ellas sólo de manera celada; en la declaración está contenido un pensamiento de manera evidente, pero además está contenido otro de manera celada.

Por lo cual permítasenos tomar en consideración ambos pensamientos en lo que vamos a decir acerca de:

LA VIDA OCULTA DEL AMOR
Y SU CAPACIDAD DE SER COGNOSCIBLE EN LOS FRUTOS.

¿De dónde procede el amor?, ¿dónde tiene su origen y su manantial?, ¿dónde se encuentra ese lugar, su paradero, de donde brota? Sí, este lugar está celado o se encuentra en lo celado. En lo más íntimo de un ser humano existe un lugar; de este lugar brota la vida del amor, porque «del corazón brota la vida»³. Mas este lugar no lo puedes ver; por mucho que te adentres, el origen se sus trae en la lejanía y la ocultación; y aunque te hubieses adentrado lo más posible, el origen estaría todavía como un poco más dentro, como acontece con el manantial de la fuente, que precisamente cuanto más cerca estás tú, más lejos se encuentra él. De este lugar brota el amor, por múltiples vías; pero por ninguna de estas vías lograrás adentrarte en su escondida génesis. Como Dios, que habita en una luz⁴, de la que brota cada uno de los rayos que iluminan el mundo, mientras que nadie, siguiendo estas vías, es capaz de adentrarse y ver a Dios, pues estas vías de la luz se

3. Proverbios 4, 23.

4. 1 Timoteo 6, 16.